

la virtualidad del modelo. Un modelo en que la práctica social y política vino a ser el catalizador que interconectaba lo culto y lo popular, generando así un espesor que suplía la pobreza de aportes culturales demográficos y étnicos, y que hacía más soportable la levedad del ser.

Las dos últimas décadas con sus bandazos de fundamentalismo —desde el fundamentalismo totalizador de izquierda, pasando por el fundamentalismo de la seguridad nacional en la dictadura hasta el fundamentalismo de los consensos en la transición— vinieron a corroborar lo que ya se podía predecir a partir del diagnóstico anterior: que la cultura chilena durante el siglo veinte ha sido en gran medida un subproducto de la práctica social y de la política.

Es en el marco de estas constataciones donde hay que volver a las preguntas iniciales: al problema de nuestra identidad cultural, al «¿qué somos?» y al «¿hacia adónde vamos?».

## Bernardo Subercaseaux

### *Carta de México*

# El castrismo en México

**L**as noticias de las últimas semanas parecen una película de ciencia ficción. Lo que leemos en los periódicos y vemos en la televisión no deja de asombrarnos. ¿Quién

hubiera podido decir hace unos años que en el inicio de esta década se izaría en el Kremlin una nueva bandera y que la Unión Soviética se desintegraría? Desde luego, tanto en el continente europeo como en el americano hubo quienes anunciaron el desmoronamiento de esa potencia mundial. Sin embargo, nunca dijeron que esto iba a ocurrir tan rápidamente.

Lo más sorprendente de todo es que los defensores de Stalin, de los campos de concentración, de las invasiones de la URSS a Checoslovaquia, Polonia, Afganistán, de las persecuciones masivas, de las censuras en la prensa y en las editoriales, de las excomuniones y los calabozos, siguen defendiendo ahora el gobierno de Fidel Castro. Un grupo de pintores mexicanos ha organizado una subasta para fletar un barco cargado de petróleo para abastecer a la isla. Según sus declaraciones, la iniciativa se debe a la urgencia que tienen de «salvar» a Cuba del Imperialismo Internacional y preservar su «soberanía». Paradójicamente, todos esos pintores están siempre dispuestos a vender alguna de sus obras —en dólares, desde luego— a algún coleccionista norteamericano, francés, alemán o español, o de participar en alguna exposición individual o colectiva en los países donde las libertades están garantizadas. Algunos de ellos, incluso, se dicen partidarios de la democracia. ¿Por qué, si se dicen partidarios de la democracia, apoyan moral y económicamente a un gobierno que enjuicia y persigue a cualquier tipo de disidencia? ¿No es una contradicción? ¿Por qué si defienden la «soberanía», nunca protestaron por la presencia del ejército soviético en la isla o la del castrista en Angola, Etiopía y Nicaragua? ¿Por qué confunden al pueblo cubano con su tirano? ¿Qué van a decirnos esos pintores cuando la última dictadura comunista de occidente caiga y en la televisión aparezcan los ciudadanos de ese país, ya sin miedo a la censura, hablándonos de lo que fue el paraíso revolucionario en las últimas décadas? Posiblemente no digan nada, o defiendan algún otro poder perverso que surja, muy alejado desde luego, de los principios libertarios. Hay que recordar que muchos de nuestros intelectuales en este siglo tuvieron simpatías por Hitler, Stalin, Mussolini, entre otros.

Pareciera que Fidel Castro, después de treinta y tres años de dictadura, ahora que ha dejado de recibir la sub-

vención billonaria de la Unión Soviética, se hubiera decidido, con un control absoluto de todos los ciudadanos, a emprender un viaje hacia la semilla, a la imagen y semejanza del famoso cuento de Alejo Carpentier. En ese país, como es sabido, se ha suspendido total o parcialmente la circulación de coches, autobuses y tractores, entre muchas otras cosas. Además, la población apenas tiene qué comer y en los hospitales faltan medicinas e instrumentos básicos. A pesar de que uno de cada ocho cubanos vive en el exilio y a un porcentaje altísimo le gustaría abandonar el país, incluso arriesgando sus vidas y las de sus hijos —como lo han venido haciendo durante décadas— y otro tanto está esperando que se desmorone el sistema, Castro sigue repitiendo los disparates de siempre. Por lo visto, el futuro de ese país es la guerra civil —cosa que sería lamentable—. En repetidas ocasiones, escritores, artistas, pensadores, políticos y científicos, han pedido, a través de la prensa, un plebiscito para evitar que corra la sangre. Hay que recordar que los firmantes de esas cartas tienen posturas políticas muy diversas que oscilan entre la socialdemocracia y el conservatismo, pasando por todas las gradaciones. Es decir, los firmantes de esas cartas tienen como común denominador un espíritu democrático. A pesar de lo ocurrido en países como Rumania y Albania, el viejo dictador sigue obcecado en su idea fija. Desde luego, se puede argüir que Castro cuenta con el apoyo de una parte de la población. Sería interesante preguntarse si ese apoyo es real o es consecuencia del terror en el que vive la gente. Se sabe que todo aquel que no apoye públicamente al sistema es castigado por lo mismo. Las formas de castigo son también conocidas y varían según el caso: disminución del abasto de productos básicos para su alimentación, sanciones en el empleo, trabajos forzados y, en algunos casos, persecución. ¿Por qué si los portavoces del gobierno cubano dicen que el «pueblo» está con Fidel no convoca éste último a elecciones libres? Desde luego, oponerse al voto popular demuestra la impopularidad de su régimen.

Si el no apoyar públicamente al gobierno de Castro tiene consecuencias como las que he señalado, oponerse abiertamente a él tiene efectos mayores. Como es sabido, a los disidentes se les castiga con tratamientos psiquiátricos —cuyas técnicas son los electrochoques, la ingestión de altas dosis de drogas psicotrópicas—, cárcel

tortura o muerte. Por ejemplo, a la escritora María Elena Cruz Varela, Premio Nacional de Poesía en 1989, por tan sólo haber encabezado un manifiesto firmado por un grupo de intelectuales cubanos en el que se solicitaba «un diálogo entre el gobierno y la oposición para entronizar la democracia en el país por vía pacífica», después de invadir su casa, de golpearla en público y de hacerle «comer» los manuscritos de sus poemas, delante de sus hijos, la sentenciaron a dos años de prisión. Las purgas que está siguiendo Castro nos hacen recordar los peores años de Stalin.

Una cosa que sorprende a muchos mexicanos es la lamentable postura que mantiene nuestro gobierno con el de Castro. Mientras el Estado mexicano en los últimos años ha emprendido una serie de reformas económicas de corte liberal (privatización de las empresas y el campo, reestructuración del sistema financiero y la creación de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá), reformas que son plausibles y que han sido la base para el inicio de la recuperación de la nación, sigue apoyando al régimen comunista antillano. En más de una ocasión me he preguntado por qué. Si la política exterior de México está basada en los postulados de la no intervención y el reconocimiento de los pueblos y no de los gobiernos ¿por qué el estado mexicano mantiene una postura partidista en ese caso y por qué confunde a Castro con su pueblo? ¿Acaso la Revolución Cubana, para el Gobierno mexicano, es un tabú difícil de desmantelar? ¿Cuál va a ser la relación del gobierno de México con el futuro gobierno de Cuba cuando ese país se democratice?

Con el desmoronamiento de la URSS comienza la historia de las repúblicas que conformaron ese inmenso y poderoso imperio. La desintegración de la URSS me hace pensar en la fragmentación de la hegemonía española en las primeras décadas del siglo XIX. Cada una de las repúblicas latinoamericanas a partir de la independencia empezó su propia historia. Hubo virreinos como fueron el de la Nueva España, el de Nueva Granada, el del Perú o el del Río de la Plata, que además de fragmentarse en países tuvieron numerosas guerras internas y en algunos casos sufrieron invasiones extranjeras. Por ejemplo, la Nueva España se fragmentó en tres grandes territorios: lo que hoy es México; lo que son los países centroamericanos, y los territorios que forman parte de

los Estados Unidos. Posiblemente, como los países latinoamericanos, las nuevas repúblicas ex-soviéticas, además de modificar los límites de sus territorios, también pasen por procesos de revueltas, guerras civiles, golpes de Estado, invasiones, dictaduras, instauraciones de gobiernos democráticos. Se puede decir que la historia en este momento tiene un paso más acelerado del que tenía hace casi dos siglos. Los medios de comunicación y la concentración de la población en las grandes urbes han contribuido a esta aceleración de la historia. Además, la intervención de organismos como las Naciones Unidas, y la comunidad de países democráticos, también ayudarán en lo posible —y eso es lo deseable— a que las transformaciones se den de una manera pacífica y ordenada. Sin embargo, el proceso, en mayor o menor tiempo, puede ser parecido.

La desintegración de la URSS modifica también las relaciones de poder en el resto del orbe. Si los conflictos que hubo en el mundo durante la guerra fría estuvieron determinados, o por lo menos influidos por la tensión creada entre la Unión Soviética y las potencias democráticas, con la distensión, las circunstancias han cambiado. Si Estados Unidos, al terminar la segunda guerra mundial, se convierte en líder comercial, económico y político del mundo libre, en los últimos años la Comunidad Europea y el Japón se presentan como competidores.

Por otra parte, el desgaste que produjo la guerra fría ha dejado debilitadas las economías del orbe, tanto en los países que estuvieron sometidos a la bota comunista como en los democráticos. Desde luego, los primeros están en una situación económica y social deplorable. Reconstruir esos países y lograr que sus ciudadanos tengan acceso al bienestar, al auge y a la estabilidad política que tienen sus vecinos europeos va a ser una empresa de titanes. Como consecuencia del empobrecimiento límite de las ex-repúblicas soviéticas y de los países recién liberados de Europa Central, la Comunidad Europea, que había logrado un equilibrio envidiable en las últimas décadas, al enfrentarse ahora a los problemas que tienen esos países —desempleos, nacionalismos, falta de capital para la inversión, lucha por los arsenales bélicos y por propiedades comunes, ausencia de una cultura democrática, guerras civiles y migraciones masivas, entre tantos otros— de ninguna manera va a interrumpir su crecimiento y auge sostenido. La interrupción de este

crecimiento y este auge, como ya se está observando en algunos países, va a generar recesiones y con ellas nuevos problemas.

Estados Unidos, por su parte, en los próximos años tendrá que reactivar su economía y hacer que sus productos sean competitivos en el mercado internacional. El reto, sin duda, es grande. La recesión reciente es un síntoma de este fenómeno. El gasto desorbitado —y necesario según mi opinión— en la carrera armamentista durante la guerra fría hizo que la inversión no fuera canalizada a otros sectores de la economía; de ahí que en este momento los productos norteamericanos se enfrenten con la competencia de los productos japoneses. Los norteamericanos, de acuerdo con su política de mercado libre, compran todo lo que viene de Japón y este país, con su economía protegida, compra muy pocos productos occidentales. Esto puede crear una nueva tensión el orbe.

El Tratado de Libre Comercio para el cual Canadá, Estados Unidos y México están trabajando a marchas aceleradas podrá ser una de las soluciones para una estabilidad y una prosperidad futuras en el hemisferio norte del continente americano. Con este Tratado, el mapa económico del hemisferio se verá modificado. Posiblemente, una vez constituido ese mercado, como sucedió en la Comunidad Europea, otros países iberoamericanos podrían seguir el ejemplo de México e incorporarse al mismo. Si la modernidad se inicia con el conflicto entre Reforma y Contrarreforma, quizás, en las primeras décadas del siglo XXI, se concilien a través de la unión económica de México con Estados Unidos y Canadá estas dos formas de entender el mundo en Occidente. En más de una ocasión me he preguntado qué va a surgir de este maridaje. Posiblemente suceda algo parecido a lo que sucedió en Europa en los albores del Renacimiento. Entonces, quizás, el mundo entrará en una nueva era histórica.

Si durante las décadas de los treinta y cuarenta en los distintos países del continente americano la preocupación de muchos intelectuales fue preguntarse sobre las identidades nacionales —Williams Carlos Williams sobre los Estados Unidos, Octavio Paz sobre México, Borges sobre la Argentina, Oswald de Andrade sobre el Brasil—, la pregunta ahora sería quiénes somos los americanos. Sin duda alguna los intelectuales y escritores europeos